



Billy Preston, George Harrison, Ravi Shankar y Tom Scott, con el Presidente Ford y su hijo.

mentos más abismales: «Ding Dong; Ding Dong» es una canción estúpida, pero se ve eclipsada por la «parodia» de «Bye bye love»; no hay que conocer los detalles de la vida sentimental reciente de Harrison para apreciar lo risible de la interpretación.

Curiosamente, la pobreza del álbum es atribuible a las ambiciones materiales de George: el disco se grabó apresuradamente para coincidir con su gigantesca gira americana y beneficiarse de la publicidad consiguiente. El nuevo disco de Ringo Starr ni siquiera tiene esa excusa para disculpar su vulgaridad. «Goodnight Vienna» (EMI J 062-05762) pretende repetir la fórmula de «Ringo»: pasear al batería por un puñado de canciones variadas acentuando su simpática incompetencia como cantante, su imagen de bonachón y la lista de Gente Importante que le ayudan. Todo organizado por Richard Perry, productor de «rock» pasterizado para las masas.

Los participantes en «Ringo» no perdieron de vista el hecho de que

todo se trataba de una broma. Pero el LP produjo tres éxitos importantes y alguien empezó a tomárselo en serio. El resultado es que «Goodnight Vienna» es un producto grotesco, de sonrisa mecánica y humor de borracho. La broma que se convierte en pesadilla. Por ejemplo, me horroriza pensar que miles de personas conocerán «Occapella» como «una canción de Ringo», ignorando que Perry ha calcado el arreglo de Allen Toussaint y que Lee Dorsey, su intérprete original, languidece en Nueva Orleans.

Ringo no está preocupado en absoluto por cuestiones éticas de ese género. Actualmente se halla ocupado con su nuevo proyecto-juguete: una compañía de discos. El primer lanzamiento de Ring O'Records es una versión de su LP «Ringo» interpretada con el sintetizador, lo cual da una idea del nivel al que va a funcionar.

«Dark Horse» y «Goodnight Vienna» no tienen otra razón de existir que el hecho de que los dos «artistas» formaran parte de un gran

grupo en los años sesenta; el que ambos discos se vendan en cantidades importantes es un síntoma preocupante. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

MUSICA

Un «producto socialmente útil»: La Orquesta de Filadelfia

En la última semana de mayo hemos tenido ocasión de presenciar las triunfales actuaciones de la Orquesta de Filadelfia en Toledo y Madrid. Según se desprende del programa de presentación de esta agrupación norteamericana, hemos de agradecer la visita a la feliz conjunción de tres afortunados aniversarios: el 75 de la Orquesta, el 75 de su director, Eugene Ormandy, y, «last but not least», el 125 de una compañía de productos químicos que,

tras convertirse en «corporación multinacional» ha decidido que patrocinar la gira de la Orquesta de Filadelfia es la mejor «forma natural de dar énfasis al empuje de la firma en su crecimiento constante en el mundo entero». Lástima —y así lo reconoce el programa— que falte un año para el bicentenario de la independencia de los Estados Unidos; que si aquellos pioneros no se llegan a retrasar, el cuadro hubiera quedado completo.

Si añadimos a esto que los principales méritos de la susodicha Orquesta se resumen en ese mismo programa, mediante una serie de puntos que vienen a calificarla de pionera del sintonismo en los «mass media», podríamos hacer unas cuantas reflexiones acerca de la industria cultural. Pero hay que reconocer que esas reflexiones no harían sino repetir las que ya han dicho los Adorno, Horkheimer y demás, los cuales, por otra parte, no hicieron sino poner por escrito el diagnóstico de situaciones que hablan por sí solas.

El maestro Ormandy y sus diligentes pupilos han llegado hasta nosotros en cumplimiento de un propósito esencial de la citada multinacional: «Ofrecer productos socialmente útiles a través del uso eficiente de los recursos disponibles». Lo cual, pese a sonar muy sociológico, no deja de encoger bastante el ánimo, aplicado a una Orquesta sinfónica.

Que cumplió su cometido a la perfección,

por cierto. En primer lugar, porque Ormandy, a sus setenta y cinco años, está en plena forma, y se permite el lujo de recrear, como si fueran nuevos, sus «greatest hits». De sus dos actuaciones, la que realizó en la Catedral de Toledo fue, a mi juicio, la mejor. Ormandy comprendió inmediatamente las condiciones acústicas especiales del recinto y, amoldando a ellas la sonoridad, ofreció versiones rayanas en el preciosismo de los correspondientes «evergreens» de Haydn, Hindemith y Beethoven, para, al final, y de regalo, complacerse en una versión «sui generis» del Aria de la «Suite en Re», de Juan Sebastián Bach.

Pero lo más impresionante del éxito obtenido por Ormandy en Toledo es que se quedó pequeño al lado del que consiguió al día siguiente en el Teatro Real de Madrid. Los precios, astronómicos, no fueron obstáculo para que se aclamara un nuevo programa de grandes éxitos, con entusiasmos especiales para la «Segunda Sinfonía» de Brahms y el «Dafnis y Chloé», de Ravel. Las ovaciones fueron menores para la que, al menos para mí, fue la mejor interpretación de todas: la de «Las Fuentes de Roma», de Respighi. Pero resulta ocioso destacar unas cosas y postergar otras: al margen de los conceptos, discutibles siempre, Eugene Ormandy es un excelente director y, además, está en buen momento.

Júntese a todo ello que la agrupación de Filadelfia convierte en verdaderos todos los tó-

picos que existen sobre la Orquesta como instrumento colectivo, y resultarán explicables los buenos resultados de la empresa. No va a haber más remedio que reformular un conocido aforismo y concluir que lo que es bueno para la Orquesta de Filadelfia es bueno para las compañías multinacionales. ■ JOSE RAMON RUBIO.

CANCION

Horacio Guarany: Si se calla el cantor

Horacio Guarany, cantando en Madrid. Y pronto, seguramente, en muchos otros puntos de toda España, a juzgar por su prometedor éxito en la capital del reino. Guarany, un cantante argentino mítico y mitificado, dando cumplida muestra de las razones por las que ha llegado a ese estadio. Guarany, en fin, una personalidad joven y radiante enmarcada en el contexto físico de una presencia más que madura, cincuentenaria.

Autor de más de un centenar de canciones, con treinta LP's publicados en su Argentina, Guarany procede de la región india del Paraná, y no puede disimular su condición de descendiente de la brava raza autóctona de aquellos parajes, por más que su madre fuese, ni más ni menos, que española de pura cepa. Guarany es, al lado de todo ello, un símbolo de una generación de cantantes y músicos latinoamericanos, y aún más que un símbolo: un portavoz, un estandarte, que ya se ha

ACLARACION

En el número 661 de TRIUNFO, el artículo "La nueva solidaridad de los actores" incluía un error al hablar del cantante vasco Fernando Unsain. En el mismo parecía que Unsain había cantado una canción en castellano traduciéndola del euskera. En realidad, cantó en vasco traduciendo previamente el contenido de la canción, cuya letra pertenece a Azurmendi y cuya música es de Imanol.

HORA H



Ensayos y Documentos

EL ESTADO

Georges Burdeau

PRINCIPIOS GENERALES DE LA COMUNICACION VISUAL: LA VISION Y SUS AMBITOS COSMICO, CEREBRAL Y CINEMATOGRAFICO

Chr. A. Blom-Dahl Andersen

EL MEDIO MEDIA: LA FUNCION POLITICA DE LA PRENSA

Lorenzo Gomis

ESPAÑOLES DE DOS SIGLOS: DE VALERA A NUESTROS DIAS

José Luis Cano

MI MUSICA ES PARA ESTA GENTE... (ENSAYOS)

Félix Grande

RUSIA Y ESPAÑA: UNA RESPUESTA CULTURAL

Mijaíl Alekséev

Versión directa del ruso y prólogo: José Fernández Sánchez

LA JUSTICIA SOCIAL Y OTRAS JUSTICIAS

Julián Marías

PERSPECTIVAS DE UNA EUROPA RAPTADA

Luis Díez del Corral

SINTESIS DE LA HISTORIA DEL PAIS VASCO

Martín de Ugalde

EL PENSAMIENTO POLITICO DE JULIAN BESTEIRO

Andrés Saborit

Prólogo: Emiliano M. Aguilera

LA DROGA, PROBLEMA HUMANO DE NUESTRO TIEMPO

Varios autores

Presentación: José Arana.

SEMINARIOS Y EDICIONES, S.A.

San Lucas, 21 - Teléf. 419 54 89 - MADRID-4

convertido en lema de toda la canción popular contemporánea de matiz comprometido. Para ello le ha bastado crear una sola canción:

«Si se calla el cantor,
calla la vida.
De qué sirve la vida sin
[el canto...]

Si se calla el cantor
se quedan solos
los humildes gorriones
[de los diarios;
los obreros del puerto;
[se persignan,
¿quien habrá de luchar
[por sus salarios?».]

Pero Guarany es hombre de muchas más canciones. En su reciente recital dio cumplida satisfacción a sus temáticas más habituales: las que hacen referencia a las mujeres, a las rosas, y, especialmente, al vino. Hay muchas horas dedicadas por el bonachón cantante al néctar reconfortante y popular del morapio; es uno de los pocos consuelos que le han quedado desde siempre al oprimido, al humillado.

El cantante que nos ocupa no se ha distinguido nunca por su voz cristalina y perfeccionada; seguramente, no le hace falta, porque su canto se eleva por encima de las preciosidades estéticas. En Madrid, concretamente, su recital no fue un dechado de maravilla vocal, y, en otro orden de cosas, sus contactos comunicativos con el público no fueron siempre bien comprendidos por este último. Horacio tiene un sentido del humor muy particular, bastante sutil en ocasiones, socarrón en otras y hasta cáustico en las restantes. No era necesario que intentase hacernos sonreír, porque, musicalmente, la cosa ya funcionaba bien, por más que algunos espíritus demasiado susceptibles no aceptasen bromas realizadas a propósito de las mujeres gordas en un año internacional totalmente «feminista».

Si Guarany no nos dio la impresión de ser un cantor totalmente puesto al día en una serie de cuestiones llame-

mos ideológicas, quizá por desconocimiento de nuestro entorno (su alabanza a Camilo Sesto entra de lleno en esta observación); si su presencia puede tildarse, por parte de algunos, como de retórica y algo condescendiente en todo y con todos, en cambio puede argumentarse a su favor que toda su personalidad despliega humanismo y vitalidad, que su canto rezuma alegría por la vida y tristeza por la muerte, no sólo la eterna, sino la más cotidiana de la injusticia y la miseria. Sin necesidad de poner en una balanza platillos favorables y adversos, hay que reconocer que en este barbado y viril «potro» del Paraná se dan las condiciones necesarias y suficientes para que su figura sea tan apasionante para algunos como controvertida para otros. Es, una vez, el carisma del artista discutido y del hombre envidiado, una condición que, cuando menos, nos devuelve vivas y próximas a figuras como la suya. ■ **ALVARO FEITO.**

CINE

Un Summers revulsivo

La indignación que en ciertos medios conservadores —e incluso católicos «progresistas»— produce la última película de Manuel Summers, «Ya soy mujer», creo que es la óptica a través de la cual hay que entender la película. Porque lo que Summers ha hecho en esta ocasión (conformando ya una poética personal que se vio profundamente trasgredida a partir del fracaso económico de «Juguetes rotos») es plasmar en las imágenes cinematográficas lo que él considera que es la realidad que le circunda. Para Summers no hay más compromiso que el de su propia perspectiva, y ésta, al margen de posibles servidumbres al humor fácil (que en ocasiones es, sin embargo, incisivo y agudo), es la

que le concede una sorprendente y respetable posibilidad de observar la vida y sus manifestaciones sin ningún tipo de represión. Tratar de ofrecer en el cine la forma, exacta en que los españoles nos manifestamos, por encima de lo que obligan las normas burguesas del «buen gusto» (que son, naturalmente, las de la censura), es un buen punto de partida para hacer del cine un fenómeno vivo y auténtico.

Podría reprochársele a Summers una ausencia de profundidad reflexiva de esa perspectiva, pero, de cualquier forma, la fuerza de su sinceridad es ya suficientemente importante, mucho más cuanto, como antes se señalaba, es una sinceridad repudiada por quienes se empeñan en seguir fingiendo que la realidad es como a ellos les vendría que fuese.

En «Ya soy mujer», Summers se atreve con uno de los temas tabú más sólidos de nuestra mojigatería: la iniciación sexual del adolescente. Y sin más limitaciones que las que él mismo pueda ya haber sufrido en su piel desde su propia adolescencia, nos refleja las conductas y obsesiones más típicas y comunes en quienes se interrogan sobre la existencia y la necesidad del sexo. Lo sorprendente de su trabajo es que Summers no se ha entregado a ofrecer la «grandeza» de esa edad (tal como algún crítico madrileño ha exigido) ni ha querido quedarse tampoco en la epidermis de la cuestión, sino que la contraponc a todo un sistema educacional y represivo, que naturalmente no es exclusivo de la adolescencia. Esa dialéctica entre la autenticidad (el mundo obsesivo de sus protagonistas) y la versión oficial que los adultos se autoimponen, en función de su mayor «experiencia», podría llevarnos a muchos otros problemas nacionales, sintetizados inteligentemente por Summers en «Ya soy mujer». No hay puntos más distantes que los dos extremos ofrecidos en la

